

# EL RENACIMIENTO.

Entrega 17.—4 de Julio 1847.

## BELLAS ARTES.

### DEL PRIMER RENACIMIENTO DE LAS ARTES Y LA LITERATURA.

La descripción de esta lucha intelectual, que con tan noble emulación sostuvieron las ciudades de la Italia desde el siglo XIII, es la historia del primer renacimiento de las artes y de la literatura. Paremos en ella la vista, y olvidemos las nuevas guerras exteriores é intestinas en que van á hallarse envueltas aquellas poblaciones al nacer el siglo XIV. La historia del levantamiento y emancipación de las ciudades italianas nos explica ya su prosperidad en esta época; para este objeto tan solo podía sernos permitido bosquejar ligeramente la historia de la Italia en el siglo de Dante. Continuemos, pues, la exposición de las causas del renacimiento.

A la favorable organización de las comunidades debe agregarse la libertad industrial y comercial de que disfrutaron las ciudades, y estas causas, unidas á su ardiente amor á la independencia, no podían menos de hacerse sentir en su vida civil y política, infundiéndoles nueva actividad y deseos hasta entonces desconocidos. A la manera de los modernos holandeses, tenían entonces los pobladores del litoral de la Italia un corazón animado de un inextinguible amor á la libertad, unido á una actividad incansable. Refugiados en sus primitivos pantanos contra la tiranía de los señores de las tierras fértiles, y desnudos de toda vislumbre de porvenir en el suelo que se veían obligados á abandonar, entregaron su esperanza al peligro de los embravecidos mares, y despues de recorrer las mas remotas tierras, volvieron á sus cenagosas orillas cargados de

riquezas. Esta es en resumen la historia de todas las repúblicas marítimas, Génova, Venecia, Brujas, Amsterdam, etc. Hasta el siglo XIII puede decirse que la propiedad territorial fué el único manantial de la riqueza; pero el orden político que ella estableció, formando una clasificación social por la cual los hombres quedaban divididos en siervos y señores, dió ocasion á que se descubriese una nueva fuente de prosperidad; pues como la gente de estado llano nada tenía que esperar del castillo feudal, que enorgullecido con sus privilegios la repudiaba, ni de los siervos del terruño, que en sus humildes cabañas no podían sentir el aguijón de la libertad, tuvo que reducirse á las ciudades y villas, y allí, llamando en su socorro á la industria y al comercio, y creando el *municipio*, que es la verdadera cuna de las sociedades modernas y de la actual civilización, se abrió con sus artes, sus manufacturas, sus naves, sus importaciones y su oro, un porvenir nuevo, que envidiaron en breve aquellos tiranos encastillados, cuyas vastas posesiones hacia de todo punto estériles la ignorancia feudal.

Con la industria y el comercio, porque el trabajo es el único agente de la riqueza, comenzó la prosperidad de las ciudades italianas; y con la prosperidad se desarrollaron las artes y las letras. Creció la fama de los artistas entre el estruendo de las armas, como el eco poderoso de la lira de Dante, que, lejos de sofocarlo, mas escitaron las civiles disensiones.

Todas estas causas reunidas, el influjo reli-

gioso, las victorias, el espíritu de independencia y la formación de las riquezas, concurrieron, pues, al primer renacimiento de la ciencia; y así como Imerio y su discípulo Acursio, abandonados á su propio genio, empezaron á interpretar la antigüedad en la jurisprudencia, dando origen á la célebre escuela boloñesa de los glosadores; así hizo Dante con la literatura guiado por Virgilio (1), y así hicieron Cimabue y Nicolás Pisano con las artes liberales.

Ya dejamos indicado el estado de estas al despuntar el siglo XIII. Aunque inferiores á la arquitectura, se ve á la pintura, á la escultura, y al mosaico, progresar tanto en este siglo, que no nos maravilla que ya en tiempo del Petrarca y del Boccaccio se creyese que las artes habian llegado á su mayor perfección.

La gloria de este renacimiento pertenece sin duda alguna á los mismos que, conocidos en otro tiempo con el nombre de Etruscos, fueron los padres de la antigua civilización romana, y poco importa que sean los Pisanos ó los Florentinos los primeros en haberle suscitado, porque la palma pertenecerá siempre á la Toscana.

Reconocida la independencia de las ciudades, y aumentado el público erario con las negociaciones mercantiles, gozando de un descanso momentáneo, y desahogado el pecho al colgar la malla ensangrentada, volvieron sus pobladores á ocupar sus hogares, y á llenar en el templo los deberes religiosos que eran entonces el término natural de las batallas. Volvian los creyentes al asilo de la paz á tributar su acción de gracias al Dios de los ejércitos, y el adusto guerrero, en su ciega fé, llegaba al pie de los altares donde presidia la imagen del que vino al mundo para santificar la humildad y el amor, y allí, agitado aun con la complacencia inmoral de la venganza, lleno el corazón de rencores, con el labio y los ojos encendidos y la mano aun ensangrentada, doblaba la rodilla, y dirigia á su patrono fervientes oraciones por el esterminio de sus hermanos. Mas rara vez la gratitud se reducía á simples oraciones, que por lo comun iban estas acompañadas de dones considerables y pingües rentas, destinadas á fundaciones; obras muchas veces interrumpidas, y continuadas en las épocas de ocio en que las acciones de gracias y el canto religioso sucedian á los ecos del bélico clarín. Entre estas fábricas contábanse á la sazón varias, como los Domos de Siena y Pisa, con otros templos y capillas secundarios, que por su grande

mole y por el prodigioso número de adornos de su decoración permanecian aun inacabadas desde el siglo XI, en que, como es sabido, fueron llamados muchos artífices griegos para que en ellas empleasen sus prácticas y talentos.

Cuéntase, pues, que al lado de los escultores griegos, empleados en las figuras y demas ornamentos de talla del Domo de Pisa, trabajaba un jóven, cuyo origen y primera educación no ha sido bastante solícita en transmitirnos la historia, llamado Nicolás, de talento perspicaz y reflexivo, y poco admirador del arte bastardo de aquellos maestros de Oriente. El ejército pisano, al volver á la ciudad, llevó consigo un número considerable de despojos, entre los cuales habia varios preciosos mármoles que se destinaron á la conclusión de la fábrica de aquel templo: fragmentos la mayor parte de antiguos sepulcros. Conservábase uno de estos entero, y en sus costados veíase con suma arte y diligencia esculpida la caza de Meleagro, en la cual, como obra de los buenos tiempos de la antigüedad, figuraban hermosos desnudos y bien compuestos grupos, con otras muchas cualidades artísticas á la sazón perdidas, especialmente el bello dibujo de los ropages; y esta obra llamó tanto la atención del jóven artista, que tomándola por modelo, resolvió no hacer obra alguna que á ella no se asemejase en el estilo.

Sacudió el yugo de la imitación servil de los escultores de su tiempo, cuyas producciones á veces se confundian con las de los maestros griegos, y al cabo de varios años de estudio, consiguió hacer algunos ensayos, en los cuales se traslucía un nuevo estilo, puramente italiano, inspirado por aquel hermoso modelo. Advirtiose la primera variedad en las cabezas y en los ropages, y en breve se difundió la naciente escuela por toda la Italia: con lo que el dibujo, la invención y la composición, recibieron nueva vida. En el año 1281 esculpió en Bolonia la urna de Santo Domingo, y por ella, como por cosa insigne y digna de perfeccionarse, fué llamado en adelante *Nicolás de la Urna*, aunque con mas razón pudo llamársele despues *Nicolás el del juicio final*, por ser muy superiores en mérito á la referida urna las dos historias de aquella tremenda escena que esculpió para el Domo de Orvieto. Tuvo muchos discípulos, y á su hijo Juan Pisano entre ellos, el cual propagó sus máximas por medio de las bellas é ingeniosas esculturas que dejó en varias ciudades, como el sepulcro de Urbano IV, el de Benedicto IX, y el altar mayor de S. Donato de Arezzo, cuyo coste ascendió á 30.000 florines de oro, suma crecidísima para aquellos

(1) Tu sei lo mio maestro e'l mio autore, etc. etc.

tiempos (1). Y aunque le aventajaron andando el tiempo los ingenios formados á su sombra, de entre los cuales salieron, Orcagna, Donatello, y el tan celebrado Ghiberti, siempre será considerado Nicolás Pisano como el tronco primero de la escultura moderna, y el primero que abrió á Miguel Angel la senda que en su tiempo tenían obstruida los bastardos hijos de Fidias y Praxiteles. Su nombre formará siempre época en la historia del dibujo por las buenas máximas que él indicó; pues de las máximas de un siglo, divulgadas y adoptadas en las escuelas, nace siempre la general revolucion de las ideas que abren un nuevo teatro para el siglo venidero.

P. de Madrazo.

## ARQUITECTURA EGIPCIA.

Mientras Bonaparte combatía al pie de las pirámides de Egipto, los ingleses, á quienes preocupaba el porvenir de este hombre, se pusieron sobre las armas, y tomaron aquel antiguo imperio por campo de batalla. Apenas las tropas inglesas, dice la historia, llegaron ante los monumentos del Egipto, las legiones indias que venían con ellas doblaron de improviso la rodilla, y adoraron las imágenes de los dioses, como si vieran las de los dioses de su patria. En este hecho, añade Schlegel, vemos confirmada por el sentimiento la analogía que hallamos entre los egipcios y los indios.

Esta analogía es incontestable. En el Egipto como en la India sobre el pueblo está la espada de los guerreros, sobre los guerreros el cetro de los reyes, sobre los reyes la ciencia de los sacerdotes: hay en las dos naciones la creencia de la transmigración de las almas, la división de las castas, el imperio de la teocracia; hay en los dos pueblos dioses de iguales atributos y casi de igual nombre. La naturaleza ofrece en ambos países el mismo contraste: el Egipto no es más que un valle puesto al pie de inmensos arenales: este valle es un desierto en primavera, un mar en verano, un lodazal en otoño, un campo de flores en invierno. Los cráneos de los egipcios y de los indios son muy parecidos, si creemos á Blumembach, las raíces de las lenguas de entrambos son casi iguales, si seguimos á Mr. Jones, las costumbres y los trajes de entrambos guardan entre sí muy vivas semejanzas, si consultamos la historia.

(1) Además de otras muchas obras que dejó en Nápoles y Toscana, Lanzi, Vasari.

Vistas estas admirables relaciones, es inútil manifestar que ha de observarse en los monumentos egipcios la misma inmovilidad, la misma delicadeza en la ejecución, la misma grandiosidad, la misma riqueza de detalles, la misma antítesis que en los monumentos indios. La filosofía, los hechos, el sentimiento cierran el campo á toda duda. Baste recordar que los indios se prosternaron involuntariamente ante los templos del Egipto.

En el fondo de esta analogía hallamos sin embargo diferencias que no son para olvidadas. Por livianas que puedan parecer á los ojos de muchos, consideramos un deber estudiarlas, analizarlas detenidamente, manifestar que están en relación con nuestras ideas. Estas podrían parecer vagas si no las manifestásemos capaces de aplicación hasta á los hechos más insignificantes. —Las líneas de la arquitectura egipcia son generalmente rectas, las de la India curvas; la escultura ahoga en la India las formas monumentales, en el Egipto cede á las exigencias de estas formas; las figuras del Egipto tienden á imitar la naturaleza, las de la India á adoptar formas extraordinarias y fantásticas; estas presentan siempre movimiento, aquellas siempre calma; el fondo de los templos de la India es la imagen del mundo; el de los templos del Egipto, después de los esfinges, apenas ofrece más que las imágenes de los dioses y de los reyes, las escenas de la vida pública y privada; los monumentos indios al fin encierran los misterios de la religión en símbolos, signos más populares; los egipcios en geroglíficos, signos más propios de la ciencia. Todas estas diferencias no reconocen sino una causa: en los indios predominaba la imaginación, y la razón en los egipcios. Aquellos estaban á cada paso inspirados por una vegetación rica, gigantesca, variada, casi sin interrupción, casi sin límites; estos sentían á cada paso doblada su frente ante la grave y solemne monotonía de su suelo, donde todos los años, en la misma estación, en medio de las mismas circunstancias, bajo las mismas influencias se verifican constantemente y con la misma regularidad las mismas escenas; donde el sol vibra con igual fuerza sus rayos, donde la luz brilla siempre con igual pureza. No podremos dudar de lo mucho que influyó esta causa sobre los monumentos de entrambos pueblos, si consideramos lo mucho que influyó en su marcha literaria. ¿Dónde hallaremos en Egipto el Ramíyan ni el Mahabarata, la Sacountala ni la Gita-Govinda? En este país la poesía, esa hija predilecta de la imaginación y del sentimiento,

esa madre universal de la armonía y de la belleza, no acertó á hallar metros con que cantar las hazañas de los héroes sobre la necrópolis y las pirámides; el literato que quiso componer un poema, el pueblo que concibió los cantos nacionales, el sacerdote que pretendió escribir himnos sagrados apenas pudieron elevarse sobre el número y el estilo humilde de la prosa. ¿Dónde hallaremos por otra parte en Egipto aquellos atrevidos sistemas indios que confunden el origen del mundo entre las sombras de remotos siglos y la estension de la tierra en la inmensidad del espacio? ¿dónde hallaremos los maravillosos sistemas indios sobre la creacion, sobre el fin de la humanidad, sobre las revoluciones de los imperios, sobre el poder de los dioses? En la India decidia las mas graves cuestiones la imaginacion; en el Egipto una razon fria, severa, infatigable, que hoy recoge un elemento, mañana examina su fuerza, tras algunos años ensaya su combinacion con otros principios, á vuelta de siglos alcanza por fin la creacion completa de un sistema. La observacion, esa base sólida sobre la cual vino á estrellarse en nuestros tiempos la autoridad y á empezar las ciencias modernas su marcha altamente progresiva, fué la única base del edificio científico de los egipcios: las ciencias que no pudieron apoyarse en ella apenas florecieron en este pueblo; la física, la química, la geometría, la mecánica, la medicina, la astronomía hicieron en cambio grandes adelantos.

Este incontestable predominio de la razon sobre la imaginacion entre los Egipcios, esta preponderancia de las ciencias exactas sobre las bellas letras, no solo nos esplica manifiestamente las diferencias que hicimos observar entre los monumentos de entrambos pueblos, si que tambien otras dos muy capitales. No acaeció en el Egipto hecho notable, ni sobrevino mudanza en las costumbres, ni se hizo adelanto en las ciencias que no fuese luego entallado en alguno de sus monumentos. ¿A qué tanto afán en cubrir las paredes de sus templos y palacios con esculturas al parecer incoherentes? En cada paso que los hombres dan hácia el sepulcro no pueden menos de reconocer el impulso de una nueva generacion que pretende abrirse paso en el campo de la vida humana; de aquí el empeño que todos manifiestan en dejar á su espalda huellas de su existencia, recuerdos de los trabajos que sufrieron, de la gloria que alcanzaron, de la vida que vivieron. Donde la literatura es rica, ella es la que se encarga de satisfacer estos deseos del hombre; donde no, la arquitectura es naturalmente la que ha de

registrar en sus páginas de piedra la marcha sucesiva de las generaciones. Despues del manuscrito y de la tradicion, que pueden sobrevivir á la ruina de los imperios con el último de los sabios ó con el mas ínfimo del pueblo, ¿qué podrá darse mas duradero que los monumentos? ¿Sabemos acaso si las pirámides son antediluvianas, como pretenden algunos historiadores de nuestro siglo? En Egipto, pues, donde apenas floreció la literatura, la arquitectura debió ser y fué verdaderamente el gran libro del imperio. Los monumentos fueron, segun convino, poemas heróicos, poemas didácticos, novelas de costumbres. El Rhamesseion es un ejemplo de esta verdad: el Rhamesseion es la *Sesostrida*, la Iliada del Egipto. Es cierto que en la India la arquitectura no deja de presentar, en medio de una inmensidad de detalles, algunos combates y otros cuadros de la vida de las naciones y de los hombres; mas ni los combates son mas que un traslado de los descritos en los poemas, ni los cuadros de la vida son mas que accesorios que las mas veces se confunden entre otros mil adornos caprichosos. La literatura india era demasiado rica para que la arquitectura pudiese usurparle el campo que le pertenecia.

La otra diferencia capital la hallamos en el sistema general de construccion. Los monumentos mas extraordinarios de la India son los templos abiertos en el seno de los montes, y los montes cortados en forma de templos; las pagodas levantadas sobre el nivel del suelo ni es lo mas admirable de aquel pueblo, ni pueden competir en número ni en belleza con las excavaciones ni con los templos monolitas. Los monumentos mas extraordinarios del Egipto están contruidos con enormes piedras, trasportadas á largas distancias, cortadas con una delicadeza admirable, ajustadas con una precision maravillosa, amontonadas unas sobre otras hasta mas de doscientos pies de altura; las excavaciones, á pesar de ser muchas y algunas de ellas muy notables, no son para comparadas con las de la India. Por este sencillo paralelo podrá ya haberse observado fácilmente que en la construccion de los monumentos indios ha de campear mas la fuerza y la constancia, en la de los egipcios ha de campear mas el arte. He aquí por qué no comprendemos cómo pudieron agitarse entre los historiadores graves contiendas sobre las bóvedas de Wissouakarina en la India. ¿Probará acaso nada acerca el origen ni los progresos del arco un monte cortado en esta forma? Como hallamos en Wissouakarina el arco semicircular ¿no hallamos la ojiva en el Kelasa, y no podría-

mos hallar en otros monumentos mil géneros de curvas? Construyendo como construyeron los indios el *Wissouakarma*, bastaba que conociesen el semicírculo para que pudiesen colocarlo en este templo: la dificultad en el uso de esta línea solo podía existir cuando tratasen de cubrir las salas de sus pagodas con esos arcos vertebrados, á que tanta importancia se dá en la historia de la arquitectura, arcos cuya invencion no pudo ser sino el resultado de grandes conocimientos matemáticos, ora se atiende al corte de las piedras ora al buen ajuste de las mismas, ora al modo de cerrarlos, ora al cálculo de su resistencia. Todas las bóvedas que podemos hallar en la India no podrán jamás entrar en parangon con las del templo de Ammon—ra en Tebas, compuestas de hiladas de piedras que solo podía enlazar la geometría; todas las dificultades que pueden presentar en su construccion los monumentos de aquel reino parecerán siempre de poca monta al considerar tan solo la construccion de los obeliscos y la manera de levantarlos; todos los esfuerzos hechos por los indios para dar grandiosidad á sus templos serán siempre débiles, comparados con los que debieron hacer los egipcios solo para trasladar desde el Alto-Egipto á Sais la pequeña capilla de Minerva. Para edificar los monumentos de la India bastaba la abundancia de brazos y la perseverancia; para levantar los del Egipto era preciso conocer cuando menos la física, la geometría, la mecánica —Esta notable diferencia en la construccion ¿puede, pues, atribuirse á otra causa que á la preponderancia de las ciencias exactas sobre las bellas letras, al predominio de la razon sobre la fantasía?

Mas pasemos á otro órden de ideas: hallamos aun diferencias muy notables en la historia monumental de los dos pueblos. Las excavaciones de la India eran templos, las del Egipto panteones; las pagodas piramidales de la India eran santuarios, las pirámides del Egipto tumbas. ¿Cómo pudieron los egipcios labrar para sus cadáveres monumentos que los indios fabricaron solo para sus dioses? La religion de los muertos ¿substituía acaso en Egipto á la de los dioses inmortales? ¿No dominaban acaso en los dos pueblos los mismos principios religiosos? Se nos permitirá que fijemos la atencion sobre este punto. Estamos convencidos de que la creencia de la transmigracion de las almas ni era la base de la organizacion social del Egipto, ni llegaba á ser siquiera una creencia universal. En Egipto hubo siempre dos religiones, que aunque no estuvieron en lucha, guardaron siempre entre sí alguna distancia, la

del sacerdocio y la del pueblo; aquella grave, filosófica, sublime; esta material, ridícula, mezquina. La religion del sacerdocio debió estar y estuvo verdaderamente apoyada en la creencia de la transmigracion; la del pueblo debió estar sentada sobre principios no solo diferentes sino hasta opuestos al de la metempsícosis. Las razones no abundan; bastan sin embargo por toda prueba las momias hacinadas en el fondo de las necrópolis. El que cree en la transmigracion de las almas ve en el hombre antes el alma que el cuerpo; el que cree en la transmigracion solo ve en la tumba un cuerpo cualquiera, no el cadáver de un hombre. Los egipcios, pues, que estudiaron tan afanosamente para prolongar la existencia de sus cadáveres, que los embalsamaron con tan graves ceremonias, que abrieron montes y levantaron pirámides para su sepulcro, ¿es posible que creyesen en la transmigracion?

Sabemos bien donde puede conducirnos la opinion que ahora emitimos, mas no tememos sus consecuencias. La creencia de la metempsícosis, dijimos en nuestro artículo anterior, condujo los indios á la division de castas, esta á la teocracia: ¿de dónde, pues, procederán las castas y la teocracia de los egipcios? Mas, ¿no hay acaso en el mundo sino una senda para llegar á un mismo objeto? Todas las observaciones hechas recientemente sobre el Egipto, muchas de las cuales están escritas en este artículo, prueban hasta la evidencia que habia en este pueblo dos pueblos, uno originario, otro importado; uno vencedor, otro vencido. Y ¿quién duda que la conquista podia establecer la division de castas? que la distancia entre la fuerza y la debilidad, entre la ciencia y la ignorancia podia mantenerla eternamente? Mas, ¿de dónde, se dirá, pudo proceder entonces el imperio de la teocracia? ¿no era mas natural que predominara la espada del guerrero que la palabra del sacerdote? Conviene sin embargo observar que la civilizacion importada procedia de la India, donde la milicia estaba sujeta al sacerdocio, que no solo nos lo prueba la analogía entre los dos pueblos, sino hasta sus mismas diferencias. Dos pueblos no llegan nunca á confundirse enteramente: las instituciones de una sociedad, trasportadas á otra, pierden algo de su vigor en el mero hecho de transportarse. Lo vemos en Egipto: la teocracia en este reino no fué nunca tan poderosa como en la India. A cada paso tuvo que sostener rudos embates de la casta de los guerreros, y en algunos de ellos debió darse por vencida. Los monumentos lo acreditan. No levantó la arquitectura

solo templos, levantó tambien palacios, castillos, obeliscos, pirámides, laberintos.

Es indudable que si la historia es la que generalmente explica la marcha monumental de los imperios, los monumentos pueden tambien á su vez corregir la historia. Cuando los hombres pensadores hayan vuelto hácia ellos sus miradas y hayan conocido su importancia, leerán el pasado en las ruinas mejor que en las crónicas y en los antiguos manuscritos. Las crónicas y los manuscritos son la voz de los hombres; los monumentos son la voz de los pueblos. Las ruinas de Persépolis y de Nínive hablan hoy dia al mundo de reinos cuyo pasado devoraron los siglos. Aprendamos, pues, á descifrar esos libros misteriosos que nos abre la mano del tiempo en medio del grande espectáculo de la naturaleza, otro libro misterioso que nos abre la mano de Dios. Los misterios de la historia desaparecerán.

Madrid 25 de junio de 1847.

Francisco Pl y Margall.

## SECCION LITERARIA.

### BIOGRAFIA.

#### MOSEN DIEGO DE VALERA.

En medio del largo periodo de facciones y de intrigas, entre el tumultuoso desorden de las pasiones que agitaron el reinado de D. Juan II de Castilla, señaláronse algunos varones eminentes cuyos hechos, si bien no siempre exentos de censura, se encaminaron frecuentemente á sostener la dignidad del trono amenazada por imprudentes y ambiciosos consejeros, y los santos fueros de la justicia, mal comprendida por cierto, en tiempos de revueltas y conmociones políticas. Uno de esos varones fué Diego de Valera, doncel del rey D. Juan II, en cuyo palacio se educó. Nació en la ciudad de Cuenca en el año de 1402, y no deja de causar estrañeza que habiendo manifestado desde muy jóven ardientes deseos de instruirse, segun revelan las crónicas de aquellos tiempos, pase desapercibida su juventud sin que ninguna mencion se haga de su nombre sino al cabo de muchos años. En efecto, el dia 4 de abril de 1437, ansioso de recorrer otros países, si es que algun motivo político ó privado no le decidió á ello, tomó licencia del rey para ir á ver tierras, y no solo le fué concedida, sino que el monarca mismo le dió cartas para diferentes príncipes. Señalado favor que demuestra la grande

estimacion en que era tenido. Dirigióse desde luego á Francia, en cuyo reino permaneció únicamente hasta 27 de agosto del mismo año, dia en que Carlos VIII ganó á Montreuil, despues de un cerco de cuarenta dias, y en el que debió tomar parte Valera. En seguida se encaminó á Bohemia al encuentro de Alberto II, que á la sazón se hallaba en la ciudad de Praga, con motivo de la guerra que hacia á los hereges de aquel reino. Recibióle Alberto con las mayores muestras de aprecio, y le ofreció desde luego sueldo como á uno de los continuos de su casa, si queria servirle en aquella guerra; mas Valera fué tan desinteresado que le sirvió sin estipendio alguno, y el rey Alberto se mostró tan agradecido que le hizo el gasto todo el tiempo que allí estuvo.

En aquellos dias se ofreció á Valera la oportunidad de dar una prueba de su hidalguía y del amor que profesaba á su patria y á su rey, pues una noche, en ocasion de estar cenando Alberto II, acompañado de varios caballeros, entre los cuales se hallaba el conde de Cili, dijo éste: « que el rey de Castilla no podia traer la bandera real en sus armas porque habia visto en Portugal en la iglesia de Santa María de la Batalla, colgada la bandera de Castilla que habian ganado los portugueses en Aljubarrota.» Entonces Valera, pedida la venia del monarca, despues de dar al conde de Cili una réplica tan noble como acertada, añadió. *Y si alguno hay que quiera afirmar el contrario de lo que digo, yo se lo combatiré en presencia del señor rey dándome licencia para ello S. A.*; con lo cual el conde se retrajo de su primer dicho (1). Desde aquel dia el rey de Bohemia dispensó á Valera señaladas honras y mercedes y le nombró individuo de su consejo. Cuando por noviembre de 1438 levantó el rey su campo, Valera tomó su licencia para regresar á España, y Alberto acompañó la concesion honrándole con sus tres divisas: la del dragon como rey de Hungría, la del toison como de Bohemia, y el collar de las disciplinas con el Aguila blanca como duque de Austerrich, que componian tres marcos y medio de oro, agregando á estas honras una dádiva de 200 ducados. Todavía esperaban á Valera en su patria nuevas honras y distinciones. Enterado el monarca de Castilla de su noble comportamiento, le honró con su divisa del collar de la escama, que á muy pocos concedia, y además el yelmo de torneo y cien doblas para su hechura, y entre otras mercedes, la de que en adelante se llamase *Mosen Diego*, ocupándole al mismo tiempo en honrosos cargos de su servicio.

Distinguióse Valera en todos ellos por su prudencia y talento, inclinando siempre el ánimo del rey á la clemencia, en los frecuentes disturbios que agitaron su reinado. Asi lo prueba la notable carta que dirigió á D. Juan desde Segovia en el año de 1441

(1) Cron. de D. Juan II.

hallándose al servicio del príncipe Don Enrique, cuando se pedía por la grandeza confederada que saliese de la corte el Condestable D. Alvaro de Luna. Igual conducta observó años adelante, nombrado ya procurador por Cuenca, en 1448, con Gomez Carrillo de Albornoz, para las Cortes convocadas para Valladolid en el mismo año, con el solo objeto de dar una especie de sancion al rigor empleado contra los ricos-hombres, atropellados y presos de una manera inaudita, en la insidiosa trama que se habia consumado en Tordesillas. Entonces, como siempre, sus razonamientos fueron dirigidos á despertar en el monarca sentimientos de humanidad y de justicia, á despecho de los que le escitaban á someter á los grandes á hierro y fuego. Laudable es la resolucion con que por tal causa se expresó, y que aun en nuestros dias pudiera servir de modelo. «Señor, dijo, seria cosa razonable que se llamase á todos estos caballeros, así ausentes, como »presos, para que parezcan ante vuestro Consejo, »á lo menos por Procuradores, y allí se ventile su »causa; y cuando se halle que por mera justicia »les podeis tomar lo suyo, ya entonces podríais ó »usar con ellos de clemencia, ó del rigor de la justicia; con lo cual se guardarian las leyes, que »quieren que ninguno sea condenado sin ser oido, »y que no se pueda decir de vos que la sentencia »es justa y el juez injusto.»

El rey le oyó con benignidad, mas Fernando de Rivadeneira, camarero del Condestable esclamó: «Voto á Dios, Valera, que os arrepentireis de lo que habeis dicho.»—Enojado el rey le mandó callar y seguir su camino para Tordesillas.

Estas amenazas no desviaron á Valera de su propósito, insistiendo constantemente en contener los ímpetus de la cólera del rey, escitada por los parciales del Condestable, de quien, por otra parte, es cierto que Valera se mostró siempre como uno de sus mas encarnizados enemigos, al paso que procuraba disculpar los desafueros de los grandes, á cuya causa se hallaba ligado. Desde Valladolid escribió una carta al rey exhortándole á la paz y á la clemencia, haciéndole presente que esta era la virtud que mas convenia á un príncipe. El rey leyó esta carta, y en seguida la envió al Condestable, quien enojado al verla, mandó que no se librase á Valera nada de lo que percibia del rey, y menos de lo que se le debia por Procurador. Sin embargo, uno de los muchos traslados que se hicieron de aquella célebre carta, llegó á manos del Conde de Plasencia, quien hizo tanto aprecio del autor, que le llamó y encargó la educacion de Don Pedro de Stúñiga, su nieto. Cinco años despues iban los Stúñigas á prender al Condestable por orden del rey, y con ellos Valera, que en la resistencia que opusieron los de la servidumbre de aquel, recibió un tiro de fuego que le pasó las armas, aun- que sin hacerle daño.

Acúsase á Valera de ser autor de un escrito

que con fecha 20 de junio de 1453 dirigió Don Juan II á las ciudades del reino sobre las causas y motivos de la prision del Condestable, en el cual se dejó llevar el autor de tal modo de su animosidad que desdoló su persona y aun la del mismo rey. «Cuando Valera, dice nuestro ilustre Quintana, defendia los derechos de la justicia era un ciudadano honrado y un Procurador á Cortes entero y respetable; mas al estender este manifiesto es un escritor absurdo y fastidioso, infamador de su rey, cegado por la animosidad, hombre que se complace vilmente en dar estocadas en un muerto.»

En medio de todo, preciso es convenir en que Valera fué uno de los hombres mas notables de su época, por sus letras, por su valor y por sus aventuras caballerescas. Durante el reinado de Enrique III no se hace mencion alguna de Valera, y es de presumir viviese enteramente retirado de los negocios públicos, mas cuando subió al trono Fernando el Católico recompensó sus méritos y servicios nombrandole desde luego su historiografo y Consejero, y poco despues obtuvo el cargo de Mayordomo mayor de palacio. Por fin, cargado de años, falleció en el de 1482. Un año antes concluyo la *Crónica abreviada de España* que dedicó á la reina y de la cual se hicieron seis ediciones, *Burgos* 1487, *Toledo* 1489, *Zaragoza* 1494, *Sevilla* 1597, got. y *Segovia* 1534 y 1567 en folio. Tambien escribió el *Tratado de Providencia contra fortuna*, impreso en Sevilla en 1494, y algunas poesias fugitivas.

Ramon Ruiz de Eguilaz.

### INDIFERENCIA DEL ALMA.

—1844—

Entre los ayes del mundo,  
Olvidada de sí misma,  
El alma á veces vagando,  
Sin sensaciones de vida,  
De la existencia de fuego  
Que la agitó en otros dias  
Para descansar de angustias  
Parece hallarse dormida.  
Entonces ni los lamentos  
Que, lanzados, martirizan,  
Y oidos, de las entrañas  
El seno invisible agitan,  
Son mas que vulgares ecos,  
Como los vientos que silvan  
Y en los bosques ni las hojas  
Arrancan de las encinas.  
Entonces las consonancias  
Que lanza al cielo la lira,  
La corriente bullidora  
De las aguas cristalinas,  
Y los trinos inspirados  
En que el ruiseñor suspira,

Y hasta la voz amorosa  
 Que murmura las delicias  
 Del primer amor, recuerdo  
 De la celeste sonrisa  
 Con que el arcángel al niño  
 Que hay paraíso le avisa,  
 En lo profundo del alma  
 Son amantes armonías,  
 Así, si el sol apagase  
 Su luz que al teñir da vida,  
 Los objetos en la tierra,  
 Separados de sus tintas,  
 De una existencia pasada  
 Las sombras parecerían.  
 El cuerpo, en tan tristes horas,  
 Carcel infecunda y viva,  
 Dentro de su seno encierra  
 Cadáver al alma fría,  
 Y como esclavo sumiso  
 De su prisionera altiva,  
 Ni halla palabra en los labios,  
 Ni para encantos sonrisa,  
 Ni miradas en los ojos,  
 Ni carmin en las mejillas.  
 Tardo su paso inseguro  
 Arrastra sin que se imprima  
 Sus huellas en los jardines,  
 Cubiertos de flores ricas.  
 Ni en la frente se retrata  
 Del pensamiento que agita  
 La imagen inspiradora  
 Que á los seres vivifica;  
 Ni en las miradas hay luz,  
 Ni en el corazón hay vida.

En tan lamentoso estado  
 Byron el grande vivía,  
 Antes que á Grecia llevase  
 Su alma, su acero, y su lira.  
 En él vivió largos años,  
 Hasta terminar la vida,  
 El altivo Federico  
 Que en sí mas que en Dios creía.  
 En él viviera Quevedo,  
 Si la religion divina  
 No derramara su fé  
 En su alma dolorida;  
 En él Teresa la sabia,  
 Que el corazón diviniza,  
 Sin el amor y esperanza,  
 Hoy los hombres llorarían;  
 Y en él, aunque tan pequeño,  
 Junto á tan ilustres víctimas,  
 Desdichado, pues ni quejas  
 En sus cantos ya suspira,  
 Vive, en este frío instante,  
 El que sin ayes confía  
 La indiferencia del alma  
 A los ecos de la lira.

Jacinto de Salas y Quiroga.

## REPUBLICA DE ARTES Y LETRAS.

Hablando algunos periódicos, sobre el anuncio de oposicion que se hace en la Gaceta del 9 del pasado junio por la secretaria de la Real Academia de nobles artes de San Fernando, para los que se crean aptos á poder concurrir al *premio de Roma*, critican que sea *dado por la Academia* el asunto para el cuadro que encerrados en las salas (*loges*) que al efecto se dispongan, deberán pintar los opositores (que hayan salido aprobados en las pruebas primera y segunda), y no *sorteado*, como el que les tocará hacer á los escultores, pudiendo acontecer en ese caso que á alguno, ó algunos de los opositores, les sea dado conocerlo de antemano.

Nosotros no tenemos en este momento á la vista dicho anuncio, y no sabemos si alguna expresion dá lugar á pensar así, lo cual nunca pasaria de ser una simple equivocacion; pero podemos asegurar que los asuntos, tanto para los bocetos, ó sea primera prueba que ha de ejecutarse por los pintores, como para el cuadro, ó prueba definitiva, serán *sorteados* y no dados de otro modo. Tenemos motivos para estar seguros de que la mencionada corporacion cuidará de que las oposiciones se lleven á efecto con toda legalidad y por el mejor método conocido, para que, como en otra ocasion hemos dicho, el resultado sea *una verdad*.

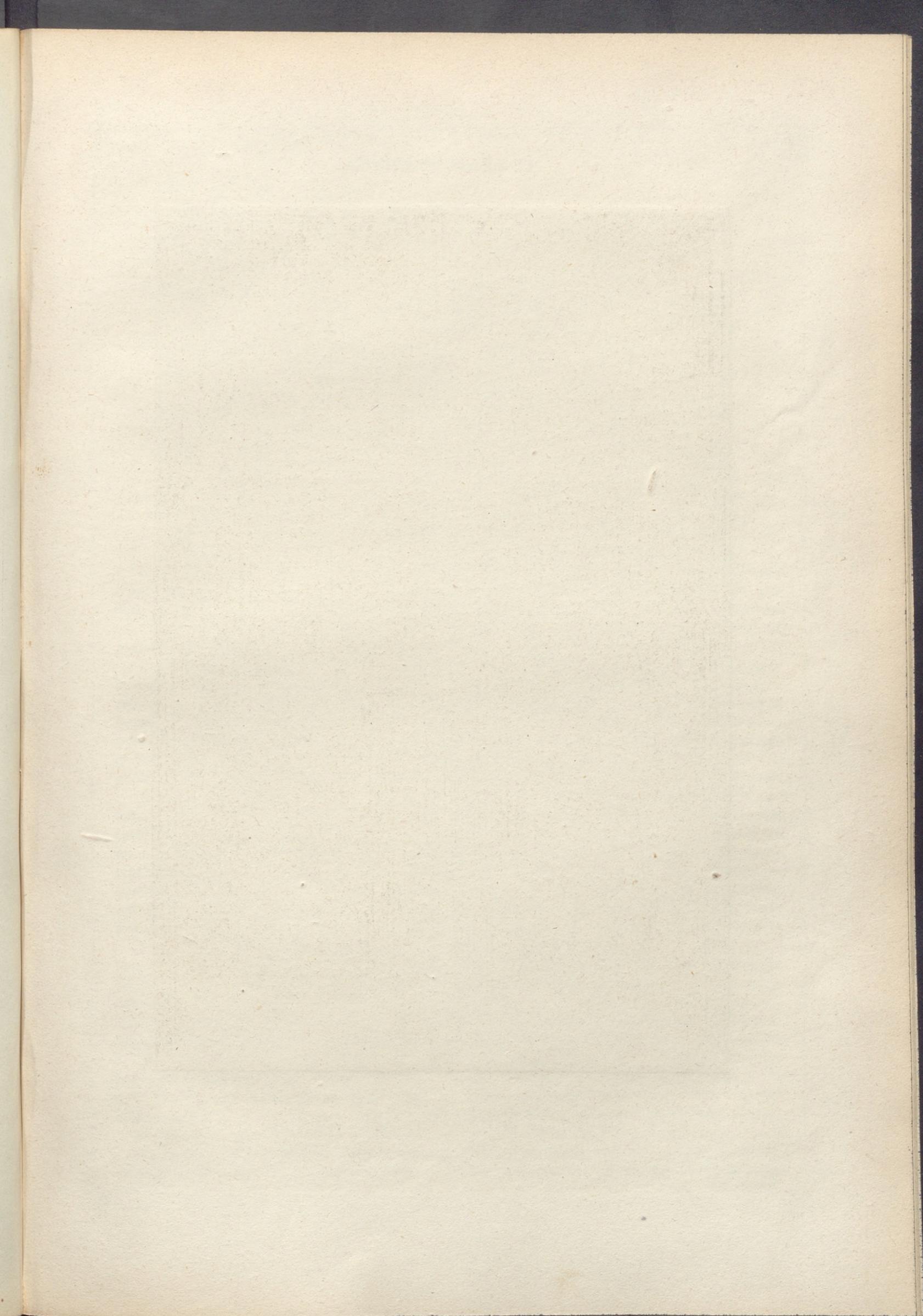
A fines de la semana anterior se empezaron las excavaciones, en el sitio que ocupaba la antigua parroquia de S. Juan de esta córte, al salir de la calle de Santiago á la plaza de Oriente, para encontrar la bóveda donde consta que fué enterrado D. Diego Velazquez de Silva; mucho celebraríamos poder anunciar en breve á nuestros lectores, á los artistas todos, que la comenzada empresa ha sido coronada con el éxito que tanto y hace tanto tiempo deseamos, y así lo esperamos, no sabemos si por el mucho deseo que de ello tenemos. De todos modos, encuéntrense ó no los preciosos restos, nuestros deseos no se verán colmados hasta que veamos reunidos los fondos suficientes destinados para erigir un monumento digno de la justa inmensa fama del gran pintor español. Por lo tanto creemos que no está demas que sigamos exhortando á todas las corporaciones artisticas de España, á todos los amantes de las glorias nacionales, á todas las personas acaudaladas, á todos nuestros periódicos, para que, como dijimos en nuestro anterior número, hagan todo lo que esté de su parte para conseguir tan digno, tan elevado objeto.

ESTAMPA DE ESTE NUMERO.

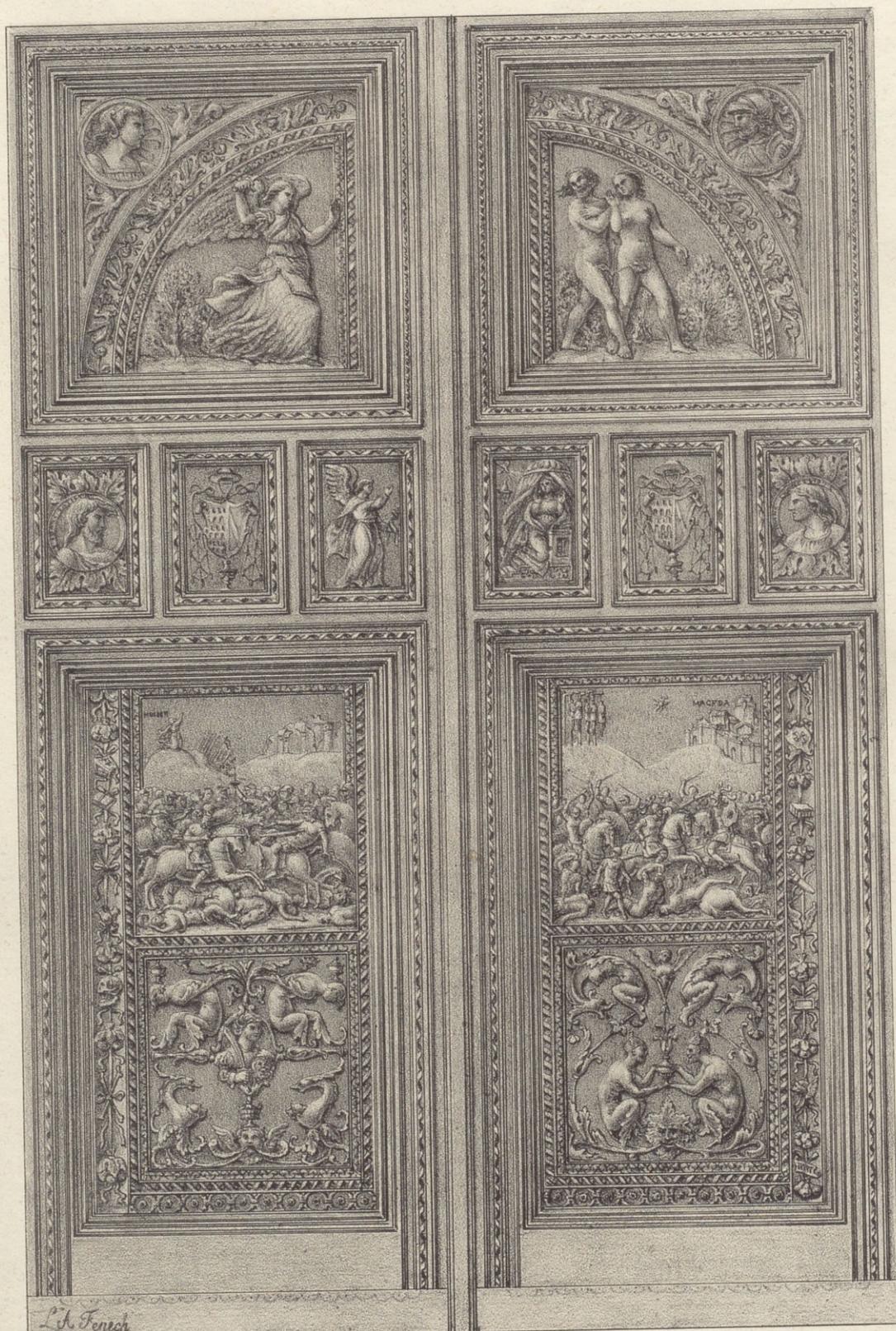
**Poesía, Música y Pintura.**

Inv. y dib. por D. JOSÉ MENDEZ, y grab. por D. MANUEL DE BURGOS.

Imp. de Alhambra y Comp., calle del Burro, núm. 4.



EL RENACIMIENTO.



*L. A. Fenech*  
L. A. Fenech, dib.º y litog.º

Lit.º Art.º de P. Perez y J. Donn.

PUERTAS DE LA CAPILLA DEL OBISPO

(Junto a la Iglesia de San Andrés de esta Corte.)